
el PREMIO del LOBO
NOVIAS PARA BESTIAS
Romance Corto de Matrimonio Arreglado
CANDACE AYERS

El Premio del Lobo

Romance Corto de Matrimonio Arreglado

Novias para Bestias: Lobos

Candace Ayers

Lovestruck Romance

Pasión paranormal que solo un cambiante puede ofrecer.

Dicen que soy salvaje, indómito, feroz.

No se equivocan.

Prefiero mi pelaje a la piel.

No he puesto una pata en la aldea en dieciséis años.

Tampoco he querido hacerlo.

Hasta ahora.Hasta ella.

Mis garras arañan el suelo mientras la rodeo, marcando mi territorio.

Ella tiembla bajo mi aliento caliente, su corazón late acelerado.

Sé que es mía en el instante en que la veo.

No me importa contra quién tenga que luchar para demostrarlo.

Los mataré a todos para reclamarla, para poseerla, para quedármela.

MÍA.

Índice

1. Mari
2. Rex
3. Mari
4. Rex
5. Rex
6. Mari
7. Rex
8. Mari
9. Mari
10. Rex
11. Mari
12. Mari
13. Rex

Epílogo

Capítulo 1

Mari

Inhalo profundamente.

Ah, el aroma de la libertad. Por primera vez en seis años, estoy en el *exterior* de la valla de tres metros de altura coronada con alambre de púas. El viento agita mi cabello mientras escaneo la carretera desierta, soñando despierta con una limusina blanca que aparece, al estilo de Project Runway, para llevarme a un spa de cinco estrellas para recibir unos mimos muy necesarios.

En este momento, la libertad huele a rancio. Como a sudor, hormigón y esperanzas frustradas.

Debería estar feliz. *Estoy* feliz. Más o menos. Hurra, por fin he terminado de cumplir mi condena por un crimen que no cometí. Ya sé, todos dicen ser inocentes. En mi caso, es cierto.

No puedo seguir aquí de pie oliendo el aire, pero no tengo a dónde ir. Agarro mi pase de autobús entregado por la prisión como si fuera un billete de lotería ganador cuando la triste verdad es que es un inútil trozo de cartón. La ruta del autobús termina en la gasolinera a veinticuatro kilómetros de aquí. ¿Y luego qué?

No tengo dinero, ni recursos, ni familia, ni amigos, ni una limusina blanca que me lleve mágicamente. Dejo escapar un suspiro y empiezo la deprimente caminata de ochocientos metros hasta la parada del autobús. Lo que llevo conmigo —la ropa que visto, un teléfono móvil sin cargador y un bolso que contiene un espejo, un pintalabios, unos cuantos recibos arrugados de hace seis años y un

paquete de chicles rancios— es la suma total de mis posesiones mundanas. Eso es simplemente triste.

Te estarás preguntando sobre mi crimen, ¿verdad? Confié en el hombre equivocado.

Mi ex, Jason —alias el señor Lengua de Plata— traicionó mi confianza de la peor manera posible. No tenía ni idea de que era un traficante de drogas hasta que me dejó cargando con el muerto y pareciendo culpable como el demonio.

Sí, fui un chivo expiatorio. Cero estrellas. No lo recomiendo.

¿Qué puedo decir? Era ingenua, sin ninguna astucia callejera. Crecí en un lugar que era una mezcla entre un culto religioso estricto y una película de Hallmark. Ya sabes, de esas donde todo el mundo conoce los asuntos de todos, y se reúnen alrededor de la mesa para la cena del domingo con una guarnición de juicio y condena.

Mientras yo soportaba seis años esquivando navajas e intercambiando cigarrillos por gel para el pelo, toda la comunidad del Rebaño de Jehová me dio la espalda.

Incluidos mis propios padres.

Prudence y Gerald Baker rechazaron cada llamada a cobro revertido desde el centro penitenciario hasta que finalmente capté el mensaje y dejé de llamarlos por completo. La carta desheredándome llegó una semana después. Súper genial. Padres del año.

Mientras camino arrastrando los pies, reflexionando sobre mis muy limitadas opciones, un elegante sedán negro se detiene junto a mí. Mi primer pensamiento es que es un coche de policía sin identificación. Mis hombros se encogen involuntariamente y me tenso, lista para salir corriendo. Pero la ventanilla tintada baja y me encuentro con el rostro cincelado de un caballero distinguido con un traje impecable. No veo ninguna placa.

—¿Marigold Baker? —pregunta con un barítono cultivado.

¿Me está hablando a mí? Como una idiota, miro por encima de mi hombro. Ya sabes, por si hubiera otra Marigold Baker detrás de mí o algo así. No la hay.

—Eh... Prefiero Mari, si no te importa —Marigold suena como una heroína trágica de una novela de Brontë.

Asiente y sale del coche. Es alto —muy alto— y atractivo de una manera importante, como un director ejecutivo de una empresa Fortune 500.

—Mari, entonces. Mi nombre es Aldous Von Drago. Tengo una propuesta que quizás te resulte interesante.

Esto es raro. ¿Qué hace un hombre con un traje a medida —Brioni si no me equivoco, o tal vez Armani— fuera del Centro Correccional Eagle Hills?

Entonces ocurre algo aún más extraño. Su coche se aleja dejándonos en la acera desierta.

Aunque estoy recelosa, mi curiosidad está picada.

Le lanzo una sonrisa descarada.

—Déjame adivinar, vas a decirme que he heredado una gran fortuna petrolera de un tío lejano.

Su labio se contrae divertido.

—No exactamente. Sin embargo, represento a una organización que busca mujeres que puedan estar interesadas en una oportunidad única. Una que viene con atractivas... ventajas.

—Si estás reclutando para una comunidad religiosa o estás a punto de decirme cómo podría salvarme si renazco, no pierdes el aliento. Crecí en un culto y puedo citar la Biblia mejor que tú.

La mandíbula del hombre se tensa.

—Nada de cultos, te lo aseguro. Lo que propongo implica asistir a una pequeña comunidad privada por lo que serás generosamente compensada. ¿Te gustaría saber más?

Finjo pensarlo, frunciendo los labios y torciéndolos hacia un lado mientras él lucha contra una sonrisa. Supongo que sabe que mi agenda social está bastante vacía. Lo que es otra forma de decir que no tengo otras opciones.

—Oh, está bien, me has convencido. Soy toda oídos.

Así que me da un resumen de esta supuesta oportunidad. Al parecer, hay un grupo de tipos viviendo en medio de la nada y están escasos de mujeres y necesitan voluntarias para tener bebés para mantener su comunidad en marcha y continuar su linaje. Y escucha esto: son hombres lobo.

Espera. *¡¿Qué?!*

—¡¿Hombres lobo?! —pregunto en voz alta.

—Bueno, ellos prefieren que se les llame cambiaformas. Cambiaformas lobos, para ser precisos.

—Déjame ver si lo he entendido bien: ¿quieres que me mude a las montañas, me líe con un extraño peludo y tenga una camada de... um... *cachorros de hombre lobo*? Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —Miro alrededor buscando cámaras ocultas—. ¿Me están gastando una broma?

Von Drago solo sonríe indulgentemente.

—Te aseguro que esto no es ninguna broma. Son individuos honorables que buscan voluntarias femeninas. Se proporcionará alojamiento, comida y una considerable asignación a cualquier mujer seleccionada para el programa.

Todo esto suena muy turbio. Y sin embargo... extrañamente tentador.

Pero ya me han engañado antes. Me costó seis años de mi vida y me otorgó la etiqueta de por vida de *delincuente convicta*.

Entorno los ojos.

—¿De cuántos padres de los bebés estamos hablando exactamente? —No soy virgen, pero mi ex es el único hombre con el que he estado. Uf. El pensamiento de Jason me hace estremecer de repulsión.

—Solo uno —dice con suavidad, como si estuviéramos hablando del clima—. Se te asignará a un solo hombre durante la duración del programa.

—Ajá. ¿Y cuánto dura esta... asignación?

—De seis meses a poco más de un año generalmente, dependiendo de las variables.

Variables. Claro. Mi detector de mentiras está sonando como una sirena de niebla, pero honestamente, no es como si tuviera ofertas más prometedoras, o alguna oferta en absoluto.

Cuando acabas de salir de prisión con antecedentes penales, las perspectivas laborales no son precisamente abundantes. Tal vez este loco programa de crianza de hombres lobo es justo lo que necesito para evitar vivir en una caja de cartón debajo del puente.

En tiempos desesperados y todo eso.

A pesar de algunas reservas —bueno, más que algunas, toda una lista de reservas— esto me dará un nuevo comienzo.

—¿Exactamente de cuánta compensación estamos hablando?

Mis ojos se abren de asombro cuando Von Drago me cita una suma considerable solo por participar y más dinero del que jamás he soñado si me quedo embarazada y doy a luz.

Es decir, las mujeres lo hacen todo el tiempo, ¿no? Donantes de óvulos y sustitutas. Es algo común.

Así que me encojo de hombros y digo:

—¿Qué demonios? ¿Por qué no? Inscríbame, señor Von Drago.

Su sonrisa complacida se refleja en la mía. Todavía estoy un poco recelosa de entregar realmente a mi hijo biológico para que sea criado por su padre, pero tal vez el destino me está iluminando el camino aquí. Mostrándome una ruta hacia un nuevo comienzo y una forma de enderezar mi vida.

—Excelente. Comencemos con el ingreso. Necesitarás estar en Timbercrest Village para la luna llena, donde serás... —Hace una pausa, pareciendo buscar la palabra correcta.

—¿Apareada con un afortunado semental? —ofrezco sarcásticamente.

Él hace una mueca.

—Presentada a tu pareja del programa.

Hago un gesto despreocupado.

—Patata, patata.

No sé qué me depara el futuro, pero el pasado apestaba y estoy lista para dejarlo atrás. Justo cuando abro la boca para preguntarle a Aldous Von Drago sobre lo que implica el ingreso, aparece un helicóptero sobre nosotros.

Espero que se aleje volando, pero no lo hace. Se queda suspendido.

Cuando Von Drago levanta una mano, el helicóptero desciende lentamente.

—¿Q-qué es eso? —tengo que gritar por encima del viento y el polvo que levantan las aspas giratorias.

—Ese es nuestro transporte —dice Von Drago.

Es entonces cuando me doy cuenta de que el tipo estaba bastante seguro de que diría que sí.

Mientras el helicóptero se eleva del suelo, le doy un último saludo de despedida al Centro Correccional Eagle Hills, usando mis dedos medios. Ambos.

Capítulo 2

Rex

Las risas estridentes y el canto desafinado de la multitud reunida alrededor de la hoguera asaltan mis sensibles oídos. Sin mencionar el hedor. Tantos olores mezclados me revuelven el estómago. Sudor, cerveza, excitación. Puaj.

¿Por qué pensé que acercarme tanto a la aldea era una buena idea? Ya me arrepiento.

Las grandes reuniones como esta me ponen la piel de gallina. Me pica el deseo de retirarme a la naturaleza, de volver a mi guarida, a mi privacidad y soledad.

No estoy en forma de lobo en este momento, otra cosa que es incómoda y torpe: la piel humana. Me siento torpe e inepto caminando sobre dos piernas. Sé lo que dicen de mí, que soy salvaje, indómito, feroz. Una bestia feral.

No mienten.

Estoy tentado a dar media vuelta. Muy tentado. Solo hay una cosa que podría haberme impulsado a dejar la tranquilidad de mi cueva esta noche y acercarme tanto a otros cambiaformas.

Ella.

Incluso el mero pensamiento de irme sin ella tiene a mi lobo tan alterado que tengo que apretar la mandíbula para reprimir el fuerte aullido que quiere estallar en mi garganta. El aroma tentador, ligeramente reminiscente de miel y bayas silvestres que capté en la brisa, se hizo más fuerte a medida que me aventuraba en la aldea.

Ahora, flota por encima de los otros olores y me atrae como el canto de una sirena. Un intoxicante irresistible.

Lo reconocí al instante en cuanto entró en mis fosas nasales. Pareja.

Seguí el rastro hasta aquí, hasta el corazón de la aldea. Hasta esta reunión.

Mi pareja está aquí. Estoy seguro de ello. Su aroma es inconfundible, entretejido entre todos los otros olores desagradables. El suyo es dulce y terroso, vibrante y rico. Todo mi ser se siente magnéticamente atraído hacia su aroma, como una planta en flor que se estira hacia el calor del sol. Tengo que encontrar la fuente. Tengo que poner mis ojos en mi hembra.

El viento cambia y su fragancia me golpea de nuevo, ahora más concentrada. ¡Allí! En el estrado ceremonial vestida con un traje de marfil. Cada célula de mi cuerpo grita por ella. Mi miembro se engrosa y alarga, extendiéndose hacia ella como una vara de zahorí que señala el camino.

Mía.

Debo concentrarme. Mis pensamientos están nadando, estoy encantado, mareado, como si ella hubiera tejido un hechizo a mi alrededor, pero no debo perder la cabeza. ¿Qué está pasando aquí?

Se me eriza el pelo cuando un anciano toma su mano entre las suyas. Cómo se atreve a poner las manos sobre mi pareja. Rechino los dientes, conteniendo un gruñido. Tengo el impulso de despedazarlo. Pero no es una amenaza. No es un lobo fuerte y viril en su mejor momento como yo. Es más como un abuelo tambaleante.

Examino al segundo hombre en la plataforma con ella. Deke. El Alfa de la manada. Es uno de los pocos lobos que conozco en esta manada, solo porque me molesta un par de veces al año entrando en mi territorio para "visitarme".

Deke está sonriendo, pero la sonrisa no llega a sus ojos. Interesante.

Y entonces me golpea. Un recuerdo de hace mucho tiempo. De cuando era un cachorro de pie con mis padres y hermanos mayores

cerca de una hoguera como esta y observando a otra pareja en el estrado.

Ceremonia de fertilidad.

Esta vez el sonido, un gruñido bajo, sí escapa de mi garganta.

Eso debe ser lo que está pasando aquí, pero no percibo deseo ni posesividad de Deke hacia mi pareja. Sí siento una tensión inusualmente alta en la multitud. El aire mismo se siente cargado de anticipación.

Murmullos llegan a mis oídos. "Criadora humana... sangre fresca... cachorras hembra..."

¿Criadora? No entiendo el contexto, pero no suena favorable. La ira se enciende en mí.

Antes de que mi mente pueda procesarlo, un lobo arrogante de mi edad se adelanta con una sonrisa de oreja a oreja. —¡Desafío! —grita con fuerza.

¿Desafío?

Ah, ya veo. Pretende ganar el favor de la hembra a través del combate. Muy bien, solo tendré que-

—Abandono —declara Deke.

Espera, ¿por qué el Alfa se retira tan fácilmente? El lobo más joven no es rival para Deke. ¿Qué está pasando aquí?

¿Por qué un Alfa de manada abandonaría un desafío? ¿Y por qué este retador parece más divertido que feroz?

Desconcertante.

No hay tiempo para analizar. Esta es mi oportunidad. Debo ganar a mi pareja. Demostrarle que soy digno.

Mientras el lobo engreído se pavonea hacia el estrado, erizado de falsa bravuconería, salgo de las sombras. Mi voz, sin usar durante semanas, posiblemente meses, brota de mi garganta en un rugido áspero. —¡Desafío!

Jadeos recorren la multitud. Las cabezas se giran para mirarme boquiabiertas. Siento sus miradas, pero mi vista está fija en la belleza que me mira desde arriba. Incluso desde esta distancia, veo curiosidad mezclada con aprensión en su hermoso rostro. Intento asegurarle con mis ojos que no se preocupe, que soy el lobo más feroz y fuerte aquí. Ni siquiera el propio Deke ganaría contra mí.

Lucharé con toda mi fuerza y poder para demostrar que soy digno de mi preciosa pareja.

El Lobo Arrogante parece aturdido, con la mandíbula floja y una expresión estúpida en su cara arrogante. En segundos, mi lobo toma el control y mi hocico se frunce en un gruñido de advertencia. Mientras me lanzo hacia él, también cambia de forma. Su estilo de lucha es indisciplinado, descuidado. Sus intentos de contrarrestar mi ataque parecen poco entusiastas en el mejor de los casos y en segundos lo derribo, inmovilizándolo por la garganta. En lugar de admitir la derrota, gimotea como un cobarde pidiendo al alfa que intervenga. Patético.

Lo suelto con un bufido despectivo y vuelvo a centrar mi atención en mi pareja, quien me regala una sonrisa tímida y temblorosa que hace que mi corazón golpee contra mi caja torácica. ¿Está asustada? Necesito consolarla y tranquilizarla.

El Alfa se interpone en mi camino. ¿Ha cambiado de opinión Deke? ¿Desea ahora luchar conmigo por ella? Muy bien. También venceré al Alfa.

Sin embargo, en lugar de adoptar una postura de combate, simplemente me estudia. Sus ojos se entrecierran como si me estuviera evaluando, tratando de determinar mis motivos. —Vuelve a cambiar —gruñe.

Así que vuelvo a mi forma humana.

—¿Qué haces aquí? —suelta Deke antes de retractarse—. Quiero decir, eres parte de la manada, siempre eres bienvenido a participar. Es solo que... no has venido al pueblo en quince años y ahora tú... —Deke hace una pausa para frotarse la frente. No sé qué está pensando, pero yo la gané. Es mía. Pelearé contra cada macho de esta multitud si es necesario, pero la tendré. Deja escapar un largo y lento suspiro de resignación—. No la lastimarás. Si lo haces...

Me echo hacia atrás como si me hubiera abofeteado. *¿Lastimarla?* Jamás lo haría. Una palabra escapa de mi garganta, la segunda palabra que he pronunciado en meses: —Compañera.

Los ojos de Deke se ensanchan un poco y luego asiente lentamente. —Ya veo. —Me estudia por unos momentos más—. Como decía, si la lastimas de alguna manera, te *acabaré*. Yo mismo

acabaré contigo. —Sé lo que está diciendo. Me matará si algo le pasa a ella. Respeto eso, pero no tiene de qué preocuparse. La atesoraré, la alimentaré, cuidaré de ella y seguiré demostrando mi valía como protector, proveedor y compañero.

Deke parece incómodo, pero la aceptación se percibe en su mirada.

Se vuelve hacia la multitud. —La ganó justamente —declara Deke simplemente—. ¿A menos que haya otro retador? —¿Es mi imaginación o Deke suena esperanzado, como si deseara que hubiera un retador?

Varios machos en la multitud dan un paso atrás. Eso es sabio. Los haré pedazos si intentan intervenir.

Sin más obstáculos, me acerco al estrado donde mi compañera espera.

Capítulo 3

Mari

Esto no es para nada como imaginé que sería mi primera noche con los hombres lobo. Cuando me inscribí para ser "sustituta" como parte de todo este asunto de Novias para Bestias, supongo que esperaba algo un poco más clínico y formal. Tal vez conocer al futuro padre del bebé, ser inseminada artificialmente en una clínica, que me recetaran algunas inyecciones hormonales y luego irme a dormir.

Pues no. Aquí estoy, de pie bajo la luna llena junto a una hoguera ardiente, vestida como una ofrenda sacrificial. Si soy sincera, me encanta el hecho de que esta noche tenga todas las características de un ritual pagano, aunque solo sea porque puedo imaginar a la Congregación de Jehová echando un vistazo a esto y entrando en pánico.

Las dos ancianas cambiaformas, Ida y Susan, que me arreglaron como para un concurso de belleza fueron muy dulces. Me trataron con más amabilidad de la que mi propia familia jamás me ha mostrado, revoloteando a mi alrededor como abejas, arrullando y asombrándose por mis "caderas de maternidad" mientras me metían en este vaporoso camisón blanco. (¿Gracias?)

Luego las abuelas me llevaron afuera, donde me recibió la visión de varios niveles de embriaguez, torsos desnudos y suficientes miradas hambrientas como para hacer que mi piel se erizara por completo.

Mi ansiedad debía estar escrita por toda mi cara porque Susan me dio un apretón reconfortante en la mano y me dijo que era su

ritual tradicional de fertilidad.

—¿Ritual de fertilidad? —siseé—. ¡No dijeron nada sobre un ritual!

Ida y Susan intercambiaron miradas divertidas y me llevaron junto a un hombre atractivo, algo mayor, con barba canosa.

Entonces...

No estoy exactamente segura de lo que pasó después. Pensé que mi semental iba a ser el tipo de la barba canosa, pero luego él retrocedió cuando un segundo chico —un chico guapo más o menos de mi edad— sonrió, se tronó los nudillos y gritó: —¡Desafío!

Luego una tercera voz, esta mucho más profunda con un inquietante tono animalesco, exclamó: —¡Desafío!

Divisé al recién llegado al mismo tiempo que la multitud, a juzgar por sus jadeos de horror colectivos. Un hombre enorme, salvaje, una bestia de hombre —su cuerpo ondulando con músculos, su apariencia salvaje y descuidada. Mi primer instinto fue apartar la mirada, pero no pude desviar los ojos porque, dulces llamas bebés, ¡estaba completamente desnudo! Y no solo sin camisa. Hablo de desnudez frontal total, con campanas y silbatos a la vista. Dios me ayude, no pude evitar que mis ojos hedonistas se desviaran hacia su... vaya. *VAYA*.

Entonces, cuando nuestras miradas se encontraron, una corriente eléctrica me recorrió con tanta fuerza que la sentí hasta en los dedos de los pies.

Antes de que pudiera analizar esa extraña reacción, el Hombre Salvaje Desnudo y el otro retador se transformaron en lobos y supongo que pelearon. No pude ver realmente alrededor de la multitud, pero escuché algunos gruñidos, rugidos y aullidos.

Estaba claro incluso antes de que comenzara la pelea que el lobo negro azabache —el lobo del Hombre Salvaje Desnudo— era el favorito.

Tenía razón porque la pelea solo duró minutos, y luego el lobo negro soltó un aullido victorioso.

Ahora, de vuelta en... eh, ¿forma humana?... se dirige hacia mí con una sonrisa triunfante... ¡y nada más!

Finalmente lo entiendo.

Oh, Dios. Acaba de... ganarme. Soy su *premio*.

Estoy segura de que hay una explicación perfectamente razonable y no asesina de por qué este dios esculpido de hombre montañés desnudo me quiere.

De repente, el Hombre Salvaje —o debería llamarlo Hombre Bien Dotado— me toma en sus brazos y me sostiene contra su cuerpo fuerte y firme.

Probablemente debería estar aterrorizada. Es decir, básicamente acabo de ser reclamada como premio por un extraño intenso y salvaje cuyo cuerpo es más duro que una herramienta de corte de diamantes. Sin embargo, por alguna extraña razón, no tengo miedo. Quizás la situación no ha calado del todo aún y mi cerebro está luchando por comprender esto.

Pero creo que tiene más que ver con la forma en que me sostiene —no como si fuera un pedazo de carne, un trofeo que ha ganado, una cosa para ser usada a su antojo, más bien como un valioso tesoro. Un tesoro hecho de cristal hilado.

Independientemente de la razón, tengo esta extraña sensación de... corrección. Como si en algún nivel profundo y primario, mi cuerpo reconociera el suyo.

Algunas personas se apartan de nuestro camino como si él tuviera rabia. Encantadora primera impresión, pero de nuevo, su inquietud no se me transmite en absoluto.

Cuando pasamos junto a Ida y Susan, ellas me muestran sonrisas tranquilizadoras. —No te preocupes —me grita Ida—. Él cuidará de ti.

—Solo es un poco áspero en los bordes —añade Susan.

Su confianza calmada y abuelil es reconfortante. O tal vez es el refugio de unos brazos tan grandes como troncos de árboles lo que es reconfortante. A estas alturas, cualquiera lo adivinaría.

No estoy segura de adónde vamos, pero parece haber muchas miradas alarmadas y líneas de preocupación en los rostros de la multitud.

Los bíceps del Hombre Salvaje se hinchan mientras me lleva a través del grupo que se abre como el Mar Rojo para dejarnos pasar. Mujeres ancianas apresuradamente ponen bultos envueltos en

colchas sobre mi regazo. Recojo tres o cuatro hasta que el Hombre Salvaje emite un gruñido amenazante que hace que incluso las ancianas retrocedan.

Espero que me lleve a una de las cabañas, pero en su lugar, camina con paso firme a través de la línea de árboles y se adentra en el bosque oscuro.

¿Adónde demonios me está llevando?

Capítulo 4

Rex

Es magnífica, mi compañera. Su cabello es como hebras de seda dorada. Un salpicado de pecas adorna sus mejillas redondas y su nariz respingona. Sus labios son carnosos y de un rosa oscuro, como bayas maduras. Quiero besarlos, saborearlos. Quiero verlos abrirse mientras grita de placer cuando la embista.

No puedo esperar para llevarla a mi guarida donde pueda montarla, lamer sus dulces jugos y darle placer hasta que jadee y llore de éxtasis.

La llevaré a las cumbres de la pasión.

Mi deseo por ella es fuerte, abrumador. Solo pensar en su cuerpo temblando debajo de mí con anticipación mientras la hago retorcerse y gemir sin cesar hace que la sangre fluya a mi miembro con una intensidad feroz.

Mi erección es tan dura que es difícil caminar. Sus exuberantes senos y sus pequeños pezones erguidos que se asoman a través de la tela de su vestido solo lo empeoran.

Mi lobo está desesperado por reclamar a su compañera. Sabe que solo cuando ella lleve nuestra marca, el vínculo entre nosotros estará completo. Solo entonces será verdaderamente mía. Sus músculos están tensos y ardiendo con energía pura.

Le quitaré esta prenda y la reclamaré en el momento en que lleguemos.

Un impulso primitivo me recorre mientras la aprieto más contra mi pecho. Ella tiembla y el tenue aroma de su excitación flota en el

aire. Aprieto la mandíbula con fuerza para evitar gemir en voz alta.

Se siente atraída por mí. Debe saber que soy el único que puede satisfacer sus necesidades. Yo le pertenezco a ella, y ella me pertenece a mí. Nunca pensé que llegaría este día, pero finalmente he encontrado a mi compañera.

Criadora, la llamaron.

No será la criadora de nadie más que mía. Mi reina.

El destino realmente me ha bendecido.

En el momento en que entremos en mi guarida, comenzaré a fertilizar su vientre con mi semilla. No puedo esperar para ver su vientre hincharse y crecer redondo con mi cachorro.

* * *

Mari

Hace tres días, llevaba puesto un mono naranja nada favorecedor. Una hora después, me llevaron en helicóptero a algo llamado ingreso donde me pincharon, me examinaron y me inspeccionaron a fondo tanto física como psicológicamente. Ahora estoy atada como una ofrenda sacrificial y siendo llevada por un hombre lobo salvaje.

Menudo giro de los acontecimientos.

Mientras mis ojos se adaptan a la oscuridad del bosque, estudio su rostro moteado por la luz de la luna. De cerca, su melena despeinada enmarca sus rasgos cincelados. Increíblemente atractivo. Y su cuerpo podría avergonzar a los fisicoculturistas profesionales. Supongo que al menos debería conocer adecuadamente al tipo ya que aparentemente vamos a estar...

Trago saliva con dificultad cuando me doy cuenta de que voy a tener sexo con este tipo. Este tipo enorme, salvaje, bárbaro, increíblemente atractivo y extremadamente bien dotado.

Tengo que admitir que la idea me hace apretar los muslos.

—Entonces, ¿tienes un nombre? —pregunto con mi voz más educada. Sin respuesta. Debe tener un nombre—. ¿Cómo te llama la gente?

Solo silencio estoico. Tal vez no hable español. O tal vez no hable en absoluto.

No, eso no puede ser correcto. Gritó la palabra "desafío".

Me señalo a mí misma.

—Me llamo Marigold, pero la gente me llama Mari —levanto las cejas de manera significativa mientras espero que capte la indirecta. Nada.

—Bueno, no puedo llamarte Hombre Salvaje para siempre. ¿Qué tal si te pongo un nombre?

Me mira con curiosidad.

—Por la presente te nombro... —me toco la barbilla, pensándolo bien—. Tarzán. Porque eres grande, feroz y salvaje como Tarzán —paso mis dedos por el aire imitando garras y gruño juguetonamente para demostrarlo.

Su rostro se ilumina con una amplia sonrisa y oh, Dios mío, qué maravilla. Es aún más guapo cuando sonríe.

Finalmente, con esa voz de bajo profundo que hace que mis entrañas se estremezcan, retumba:

—Rex.

Rex. De acuerdo.

Caminamos un rato y sigo esperando que sus brazos se acalambren o algo así, pero no me baja, así que supongo que está bien. A medida que los árboles se van haciendo menos densos, puedo ver lo que parece ser una pared de roca a lo lejos. Parece que nos dirigimos hacia allí.

De repente, el agotamiento me invade. Han sido unos días abrumadores llenos de nuevos lugares, caras nuevas y situaciones decididamente nuevas. Realmente espero que Rex no espere que cumpla con el primer paso de mi contrato esta noche.

No es que el sexo con él fuera un sacrificio ni nada parecido.

Finalmente, el agotamiento vence a la lucha por mantener los ojos abiertos y me quedo dormida rodeada por los olores terrosos del suelo, las agujas de pino y el hombre desnudo y caliente.

En algún momento, me despierto aturdida, todavía cansada pero cálidamente abrigada. Me siento maravillosa. Debe ser el aire fresco de la montaña.

Espera un momento.

Mis párpados se abren un poco, lo suficiente para distinguir algunas formas tenues. Una señal llega a mi cerebro nublado de que estoy enterrada en un acogedor nido de pieles. Además, hay una calidez peluda presionada contra mi espalda.

Logro darme la vuelta ligeramente y me encuentro con la vista de un lobo gigantesco que me devuelve la mirada con brillantes ojos dorados y resplandecientes.

Jadeo y me llevo la palma de la mano a mi corazón acelerado y luego recuerdo.

Rex. Tiene que ser él. Quiero decir, ¿qué otro lobo masivo estaría simplemente descansando en este... ¿Dónde estoy?

Entorno los ojos en la oscuridad.

¿Una cueva?

Creo que estoy en una cueva. Debe ser eso.

Las orejas del lobo se mueven mientras inclina la cabeza con curiosidad. Vaya, realmente es un chico grande de cerca. Fácilmente tres veces más grande que un lobo gris normal. Su pelaje es negro azabache. Majestuoso, supongo, si te gusta el ambiente de sabueso infernal.

Apoya su cabeza en mi hombro instándome a volver a dormir, y tal vez sea mi fatiga lo que hace que mis párpados se sientan como si tuvieran diminutos pesos colgando de mis pestañas. Pero creo que también podrían ser los sentimientos que me rodean: calidez, comodidad y... seguridad.

Sí, me siento segura.

No me he sentido segura en tantos años que casi olvidé cómo se siente.

Con una sonrisa en mi rostro, me acurruco más profundamente junto al compañero peludo que vela por mí y, una vez más, sucumbo al sueño.

Capítulo 5

Rex

Los tonos naranja y rosa del amanecer se filtran por la entrada de la cueva, acariciando suavemente su forma dormida. Marigold. Mari. Mi compañera.

No puedo evitar quedarme fascinado ante la visión de ella durmiendo plácidamente, con su suave respiración rítmica y reconfortante. Mi lobo anhela permanecer acurrucado a su lado, pero pronto despertará.

El llamado a cazar, a proveer para ella, corre por mis venas y respondo levantándome y caminando sigilosamente hacia la entrada de mi guarida.

Debo alimentar a mi compañera.

Con una mirada cautelosa hacia ella, me escabullo, mis patas silenciosas contra la tierra húmeda.

Mientras me muevo entre los altos pinos, mis fosas nasales se dilatan captando los aromas del bosque, buscando presas. Capto débiles olores de una ardilla aquí, una liebre allá. Pero otro olor más fuerte me llega, uno que no es de presa.

Otro cambiaformas.

Con el pelaje erizado, sigo el aroma, cada paso retumbando con furia. ¿Quién se atreve a invadir mi territorio, un territorio que ahora contiene a mi compañera?

El olor es familiar.

Deke.

¿Qué demonios está haciendo en mi parte del bosque? Mi pelaje se eriza. Un gruñido bajo retumba en mi pecho. ¿Ha cambiado de opinión? ¿Está aquí para arrebatarme a mi Mari?

¡Sobre mi cadáver! Que lo intente. Lo haré pedazos.

El mero pensamiento provoca un gruñido bajo y gutural, una advertencia de que estoy preparado para luchar hasta la muerte.

Deke aparece ante mí, con las manos levantadas, las palmas abiertas, sin amenaza.

—Rex, calma tu pelaje. No estoy aquí para causar problemas.

Vacilo, el gruñido aún ondulando a través de mí, los ojos fijos en los suyos, buscando cualquier señal de engaño. Sus ojos brillan con honestidad, pero me mantengo cauteloso.

—Solo vine a charlar. Preferiblemente, de hombre a hombre —dice intencionadamente, sugiriendo que cambie a piel—. Vine a ayudarte con tu compañera. A enseñarte algunas cosas sobre los humanos —cuando continúo gruñendo, sacude la cabeza, con una sonrisa juguetona en los labios—. Cambia, Rex.

No es hasta que Deke se sienta en un tronco caído que cedo y cambio a piel.

Me hace un gesto para que me siente a su lado. No lo hago. En su lugar, ensancho mi postura, cruzo los brazos y lo miro fijamente.

—Bien —asiente—. Lección uno, a los humanos les gustan las conversaciones cara a cara, no cara a hocico peludo. Lo que va seguido de cerca por la lección dos, cubre tu pene.

Cuando frunzo el ceño, hace un gesto hacia mis partes.

—Los humanos no están tan cómodos con la desnudez como los cambiaformas. Como cortesía hacia tu compañera, usa algo de ropa.

Gruño, pero empiezo a darme cuenta de que Deke realmente ha venido aquí para ayudarme, y quizás me beneficiaría de su instrucción.

—Y eso —dice señalándome—. Tus gruñidos y respuestas monosilábicas. Eso puede volver loca a una mujer humana. Ella esperará que te comuniques, que te abras a ella, que hables de tus sentimientos.

Ante mi expresión horrorizada, añade:

—Bueno, al menos une unas cuantas palabras en lugar de simplemente gruñir y gruñir. Es humana, lo que significa que necesita que seas civilizado de vez en cuando y que subyugues tu naturaleza animalística.

Ser civilizado. Subyugar mi animal. Usar palabras en lugar de sonidos.

—¿Algo más? —pregunto, orgulloso de mí mismo por usar *dos* palabras.

Deke se acaricia la barba corta.

—No tienen los mismos instintos que nosotros, o al menos no tan fuertes. Así que, mientras tú sabes que ella es tu compañera, ella no sabe que tú eres el suyo.

Lo miro parpadeando, horrorizado. ¿No lo sabe? ¿Mi Mari no puede oler que somos compañeros? ¿No siente la atracción? ¿La innegable necesidad?

Deke debe leer la pregunta en mi expresión porque añade:

—Sin duda se siente atraída por ti, aunque no está claro hasta qué punto. Así que no puedes confiar en eso. Tienes que ganarte su afecto de otras maneras.

—¿Cómo? —pregunto, y cuando Deke arquea una ceja, repito la pregunta—. ¿Cómo puedo hacerlo? —Ahí está. *Tres* palabras.

—Bien, lección tres: según Google, a los humanos les gustan los gestos románticos. Necesitas hacerle regalos, escribirle poesía, traerle flores, ese tipo de cosas.

Estoy genuinamente desconcertado.

—¿No puede *ella* recoger flores? —pregunto. *Cuatro* palabras. Ya estoy mejorando por mi Mari.

—Es el gesto, Rex —Deke agita su mano dramáticamente, tratando de transmitir el peso de sus palabras—. Le estás mostrando que te importa. Haciéndole saber que estás pensando en ella.

¿Pensando en ella? Por supuesto que lo hago. Estaré pensando en mi compañera cada segundo de cada día. Dudo que haya un momento en el que no esté pensando en ella.

—Una cosa más —dice Deke, frunciendo el ceño—. Y esto es lo más importante. Se trata de follar. Deja que progrese a *su* ritmo. No

la presiones. No importa cuánto la desee el lobo en ti, debes ser gentil. No la empujes. No la fuerces a nada.

Mis ojos se estrechan, y la furia palpita por mis venas. ¿Está sugiriendo que forzaría a mi Mari a aparearse?

Él levanta las manos en un gesto apaciguador.

—Whoa, tranquilo. Solo digo que seas consciente de su nivel de comodidad, eso es todo. Deja que ella dé el primer paso.

Asiento, aceptando sus palabras, aún un poco tenso.

Deke se levanta y se sacude los vaqueros. Bien, finalmente se va.

—Ah, sí, una cosa más. Hay una fiesta en el Timbercrest Tavern mañana. Es una gran celebración para una de las nuevas parejas. Trae a Mari.

Mis instintos se erizan inmediatamente.

—¿Por qué?

—Porque, Rex, las hembras humanas son criaturas sociales. Puede que quiera hablar con otras hembras humanas. Les gusta hacer ese tipo de cosas: charlar, reír, cotillear.

Dejo escapar un largo suspiro, pasando una mano por mi pelo enmarañado. Tanto que recordar.

Mientras Deke se marcha dejándome perdido en mis pensamientos, juro que haré estas cosas. Mi Mari lo vale.

Le traeré flores, todo el maldito prado si eso la hace feliz. Pero primero, el desayuno. Un sabroso conejo debería complacerla.

Capítulo 6

Mari

Abro los ojos, estiro mis rígidas extremidades y miro a mi alrededor. Estoy en una cueva, pero no está bien iluminada y es demasiado oscura para ver mucho. Hay un montón de suaves pieles debajo de mí.

Parpadeo varias veces.

Una vez que mis ojos se adaptan, puedo distinguir lo que parece ser un montón de cenizas y hollín. ¿Un hogar?

Me incorporo y escaneo mis alrededores.

No hay cama, ni muebles, ni agua corriente, ni cocina, ni baño.

Rústico y primitivo.

Vaya. Parece que me espera una seria experiencia de supervivencia en la naturaleza. Miro alrededor en busca de otros toques hogareños o efectos personales, pero la cueva es escasa.

Difícilmente un alojamiento de cinco estrellas, pero es mejor que la prisión... supongo.

Definitivamente es mejor que la prisión.

Desafortunadamente, nací y crecí en la ciudad. Ni el Rebaño de Jehová ni el Centro Correccional Eagle Hills me prepararon para una vida al estilo Bear Grylls.

Estoy empezando a tener dudas sobre todo esto. Es decir, sabía en lo que me estaba metiendo, no me malinterpreten, pero de alguna manera en mi mente no era cien por ciento real. ¿Tener relaciones sexuales con un extraño y dar a luz a su hijo?

Por un lado, dudo que tener relaciones sexuales con Rex sea una dificultad, pero por otro, ni siquiera nos conocemos.

Estaba demasiado ocupada siendo arrastrada por el ingreso y luego preparada para una ceremonia de fertilidad como para detenerme a pensar, para darme cuenta de lo incómodo que podría ser todo esto.

O tal vez simplemente sabías que no tenías otra opción, Mari.

Es entonces cuando me golpea con la fuerza de una bola de demolición de diez toneladas. La cueva está vacía. Estoy sola. Rex se ha ido.

Eso me hace sentir un poco inquieta y ligeramente aliviada a la vez. Por mucho que mi cuerpo parezca confiar estúpidamente en él, necesito espacio para adaptarme emocionalmente a esta situación loca en la que me he encontrado.

Primero reviso los paquetes de las señoras mayores. Uno es un paquete de aperitivos casi ridículamente saludable, lleno de frutas, verduras y pan. El otro contiene ropa cómoda: pijamas de franela, pantalones de yoga, camisetas holgadas y un par de mocasines de cuero. Benditas sean esas viejitas.

Rápidamente, me cambio el vestido de gasa por ropa de verdad, y mientras mordisqueo una manzana, acomodo las pieles alrededor del hogar.

La mañana es fresca y tiemblo ligeramente. Necesito hacer un fuego en la cueva para calentarme porque quién sabe cuándo volverá Rex.

Pero primero, realmente tengo que hacer pis.

Con un suspiro, acepto que en el futuro inmediato, mi baño tendrá que ser un árbol o un arbusto, y me dirijo a la entrada de la cueva.

Afuera, miro furtivamente a mi alrededor como si estuviera a punto de robar un banco antes de esconderme detrás de un pino cercano para hacer mis necesidades. Oye, no soy una Girl Scout, pero he ido de camping antes. Una vez. Cuando tenía cuatro años.

De regreso, noto una roca de buen tamaño, de unos sesenta centímetros de diámetro. Me da una idea.

Logro rodarla dentro de la cueva y llevarla hasta el hogar frío para usarla como un taburete improvisado, luego vuelvo afuera para recoger algunas ramas secas, hierba y hojas.

Desafortunadamente, mis habilidades para hacer fuego dejan mucho que desear. Intento frotar dos palos juntos para encender un fuego, pero es más difícil de lo que pensaba. Todo lo que logro hacer es raspar el infierno de mis palmas y que se me metan restos debajo de las uñas.

Apesto como superviviente en la naturaleza. Tal vez Rex pueda enseñarme.

Suponiendo que vuelva, claro.

Un hilo de inquietud me recorre. No me dejaría aquí, ¿verdad? No, por supuesto que no. Eso creo, al menos.

Pero, ¿dónde está? ¿Cuánto tiempo lleva fuera?

Mi confianza en el inminente regreso de Rex se desvanece rápidamente. La idea de quedar abandonada aquí me aterroriza.

Intento convencerme de que luchó por mí y que eso debería probar que no me dejaría sola en medio de la naturaleza. Pero, ¿y si algo peligroso, como un puma, encuentra la cueva mientras Rex no está?

Me envuelvo con una de las mantas de un paquete de ropa sobre los hombros y me siento en mi silla improvisada de piedra rezando por el regreso de Rex.

Estoy entrando en un fuerte pánico cuando el crujido de hojas afuera endereza mi columna.

¡Por favor, que sea Rex, que sea Rex!

El enorme lobo negro de Rex entra tranquilamente, hace contacto visual y luego deja caer algo casualmente a mis pies.

Miro hacia abajo.

—¡Aieeeeeee! —grito, pegándome contra la pared de la cueva horrorizada.

A mis pies yace el cadáver de un conejo peludo cubierto de sangre fresca y goteante.

Capítulo 7

Rex

En el momento en que Mari grita, mis instintos protectores se encienden. Me transformo en humano en un instante, apresurándome a tomarla en mis brazos.

—Shhh, está bien —murmuro, acariciando su cabello mientras ella presiona su rostro contra mi pecho. Mi pobre compañera debe estar aterrorizada de los conejos por alguna extraña razón. ¿No sabe que son inofensivos? Especialmente cuando están muertos.

Mientras froto círculos reconfortantes en su espalda, inhalando su dulce aroma, mi miembro se endurece y se levanta. Estoy tan ansioso por reclamarla que apenas puedo soportarlo. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no montarla allí mismo. Me obligo a recordar el consejo de Deke sobre ir despacio con las hembras humanas. Dejar que ella marque el ritmo. A regañadientes, doy un paso atrás, poniendo algo de distancia entre nuestros cuerpos antes de que mis impulsos me dominen.

Me complace ver que Mari ha preparado el hogar con leña mientras yo estaba fuera. Es una compañera maravillosa. Inteligente y capaz.

Ha movido una pequeña roca junto al hogar. ¿Para usarla como asiento? Parece incómodo. Tendré que encontrarle algo más suave.

Me dirijo al saliente de piedra natural a lo largo de la pared trasera de la cueva que sirve como estante para guardar mis diversas posesiones. Lo primero que hago es atarme un trozo de ante alrededor de las caderas y entre las piernas a modo de

taparrabos improvisado. Listo, mi pene está cubierto. Aunque aún está semierecto y haciendo todo lo posible por atravesar el suave ante.

Cuando levanto la mirada y la encuentro observándome, sus mejillas se tornan rosadas. Es tan hermosa. Su figura exuberante y sus ojos suaves como los de un ciervo me hacen doler de necesidad. Deseo desesperadamente tomarla, montar su cuerpo exuberante y escucharla gemir mi nombre, pero no. Deke dijo que esperara, que dejara que ella diera el primer paso. Apretando la mandíbula, trato de ignorar mi exigente excitación.

—Ven, siéntate —le digo, y luego recuerdo añadir—: Por favor. —Coloco algunas pieles sobre la roca para acolcharla y la guío suavemente hacia abajo.

Regreso al estante para recuperar los trozos de pedernal que uso como iniciador de fuego, pero algo más en el estante llama mi atención. Mi posesión más preciada. Lo tomo y paso las cuentas de piedras, cristales y huesos tallados entre mis dedos como lo he hecho tantas veces. Sé que pertenece a la muñeca de Mari. Quiero que ella lo tenga.

Me acerco y me arrodillo frente a ella.

—Esto es para ti —digo, atando los extremos de la pulsera alrededor de su muñeca—. Es un regalo.

La pulsera es algo que aprecio, pero no tanto como aprecio a mi Mari.

La sonrisa agradecida que se extiende por su rostro mientras admira la joya hace que mi pulso se acelere.

—Es hermosa. Gracias, Rex.

Mi corazón se hincha de orgullo. No hay sensación tan buena como la de complacer a la compañera de uno.

Después de encender un buen fuego, desuello y corto en cubos la carne de conejo usando mi cuchillo. Pronto la tengo cocinándose sobre las llamas parpadeantes.

Mientras preparo nuestra comida, Mari murmura incoherentemente en voz baja. Logro entender algunas palabras. "Traumatizada... Bugs Bunny y amigos... Círculo de la vida... Asando a Tambor".

Mientras esperamos que la carne se cocine, es una lucha no ceder a mis impulsos. En mi mente, ya estoy acariciando sus pesados senos, agarrando sus exuberantes caderas, deslizando mi miembro entre sus pliegues húmedos...

¡No! Alejo la imagen mental, decidido a cortejar a mi compañera como Deke aconsejó.

Cuando la comida está lista, ella parece reacia, pero con mi insistente empuje, Mari finalmente mordisquea un trozo de carne de conejo. Sus ojos se abren de par en par.

—¡Está delicioso! —exclama—. Sabe igual que el pollo.

Una vez más, su deleite hace que mi pecho se hinche de orgullo. Sí, he complacido y provisto a mi hembra, como debe hacer un compañero apropiado. Comemos la simple pero abundante comida con los dedos.

Una vez terminada, Mari se ríe levantando sus dedos manchados de grasa.

—Supongo que no hay un baño cerca.

Me confundo momentáneamente. ¿Por qué no se los lame simplemente? Pero recuerdo que Deke enfatizó que los humanos son diferentes.

Estoy a punto de gruñir y señalar cuando recuerdo. Palabras. Conversación.

—Hay agua cerca —le digo, tomando su mano—. Podemos lavarnos. —Siete palabras.

Cuando llegamos al manantial de agua dulce, una vez más me complace ver cómo los ojos de mi Mari se iluminan.

—¡Un lugar para bañarse!

Sonrío ampliamente cuando ella chilla de alegría.

Se quita los mocasines y entra en el agua fresca e invitadora. Debe adorar la sensación del agua porque deja escapar otro sonido de alegría cuando el agua envuelve sus pies y tobillos. Se adentra más en el arroyo, con el agua ahora hasta sus pantorrillas mientras procede a salpicar y jugar como un cachorro enérgico.

Me quedo en la orilla solo observándola. Es magnífica. Agradezco a la diosa de la luna por traer a esta magnífica criatura a mi vida.

Junta sus manos, recoge un poco de agua y se salpica la cara con ella.

No puedo evitar reírme con ella cuando se vuelve hacia mí, con el agua corriendo por sus mejillas y aferrándose a sus pestañas, y ríe emocionada.

La risa se siente extraña saliendo de mi vientre. No puedo recordar la última vez que me reí.

Se siente tan correcto estar con mi compañera de esta manera, incluso sin montarla, lo cual deseo hacer tanto.

Para cuando regresamos a la cueva, el sol se está hundiendo bajo el horizonte. Avivo el fuego para alejar el frío de la noche.

Mi miembro se clava en este maldito taparrabos incómodo. Quiero quitármelo, pero quiero complacer a mi compañera más.

Todo en mí quiere devastarla, montarla y follarla hasta que grite. Pero no lo haré.

Tengo la intención de hacer lo que Deke aconsejó. Permitir que ella dé el primer paso. Esperaré. Aunque me mate.

Capítulo 8

Mari

Me siento incómodamente sobre las pieles. Rex me mira brevemente de vez en cuando, pero la mayoría del tiempo mantiene la mirada apartada.

El silencio incómodo se profundiza mientras jugueteo con una cutícula.

Finalmente, Rex rompe el silencio.

—¿Estás nerviosa? —me mira con los ojos entrecerrados.

—No —suelto una risa aguda—. Bueno, un poco.

La verdad es que no estoy segura de lo que se supone que debo hacer. Es decir, me explicaron completamente mi papel: que me asignarían un hombre lobo, que lo haríamos apasionadamente hasta que quedara embarazada, y luego él me cuidaría hasta que diera a luz.

Mis nervios estaban tan alterados que solo escuché a medias cuando Susan explicó que los cambiantes de lobo son posesivos, protectores y muy sexuales, pero no parece que Rex vaya a tocarme a menos que yo lo inicie. Eso significa que voy a tener que hacer algo muy pronto.

No sé en qué estaba pensando cuando acepté esto.

Sí lo sabes, Mari, era decir que sí a NpB o vivir en una caja de cartón bajo el puente, ¿recuerdas?

Puedo agradecer a mi buena estrella por una cosa: Rex es el hombre más atractivo que he visto en mi vida.

Aun así, no he dormido con ningún hombre excepto Jason, y la última vez fue hace más de seis años.

Entonces se me ocurre una idea. Me pregunto si su reticencia es...

—¿Alguna vez has tenido sexo? —suelto la pregunta antes de tener la oportunidad de pensarla, y una vez que sale, mis mejillas arden como si estuvieran en llamas.

Parece sorprendido, pero me mira a los ojos sin apartar la vista.

—No.

Y entonces me golpea una revelación.

—¿Estás... asustado?

Me sorprende un poco cuando asiente.

—¿Lo estás? ¿Por qué?

—No quiero lastimarte —extiende la mano y pasa su dedo por el dorso de mi mano muy tierna y suavemente—. Eres frágil.

Reprimo una risa.

—No soy tan frágil. Es decir, te sorprendería lo mucho que puedo soportar.

Pienso en cómo me ha tratado. Me cuidó toda la noche, me trajo comida, incluso me dio una pulsera preciosa. En el poco tiempo que hemos pasado juntos, ha sido más amable conmigo de lo que Jason lo fue durante toda nuestra relación de once meses.

Mis ojos recorren su ancho pecho musculoso, sus bíceps abultados y el bulto entre sus piernas. Cuando Rex levanta mi mano hacia su boca, besando mis nudillos con tierna reverencia, hago mi movimiento.

Me lanzo hacia adelante, capturando sus labios en un beso que he estado anhelando por más tiempo del que me había dado cuenta. Rex responde inmediatamente, con la boca caliente y buscando la mía. Me besa como un hombre poseído, pero en lugar de ser un beso torpe y descuidado como esperaba a medias, su beso es perfecto, como si fuera experimentado y hábil.

Mis dedos se hunden en su cabello, acercándolo más. De repente, Rex agarra mis caderas, levantándome sin esfuerzo para que me siente a horcajadas sobre su regazo. La nueva posición

alinea nuestros cuerpos de maneras deliciosamente íntimas. Muevo mis caderas y ambos gemimos.

Las manos de Rex abarcan mi espalda, presionando nuestros pechos juntos. Traza un camino de besos por mi cuello que me marea de necesidad.

—Rex —suspiro. El beso de este hombre salvaje se siente correcto de una manera que nada lo ha hecho antes.

Al oír su nombre, los ojos de Rex arden con una intensidad que me roba el aliento.

Manteniendo nuestras miradas fijas, levanta lentamente el dobladillo de mi camiseta. Su intención es clara. Pero espera mi señal.

Como respuesta, levanto los brazos y le permito quitármela y arrojarla a un lado, exponiendo mi torso desnudo. No llevo sujetador, y sus ojos brillantes beben mis pechos y estómago desnudos con una reverencia sin palabras. El calor en su mirada habla más fuerte que las palabras.

El deseo se enrolla caliente y pesado en mi núcleo. Nunca me he sentido más hermosa que bajo la mirada de adoración de Rex.

Inclina la cabeza para presionar una línea de besos ardientes a lo largo de mi clavícula y entre mis pechos. Echo la cabeza hacia atrás, arqueándome hacia su toque.

Cuando su lengua gira lánguidamente alrededor de un pezón, jadeo, entrelazando mis dedos en su largo cabello para acercarlo más. Rex deja escapar un gruñido posesivo contra mi piel que siento hasta los dedos de los pies.

Prodiga la misma atención a mi otro pezón dolorido hasta que estoy sin sentido de necesidad, moviendo mis caderas inquietamente, buscando urgentemente fricción.

Sintiendo mi desesperación, Rex agarra mis caderas y me levanta. En un suave movimiento, me recuesta sobre las suaves pieles. Inmediatamente echo de menos su calor. Pero no por mucho tiempo.

Su fuerte cuerpo se estira sobre mí. Con las manos plantadas a ambos lados de mi cabeza, me encierra con las duras líneas de su cuerpo tonificado.

Estamos juntos desde el pecho hasta las caderas. Piel contra piel. El contacto ya tiene mi pulso galopando, pero Rex no está apresurando esto.

Sostiene mi mirada, las preguntas claras en sus ardientes ojos ámbar: ¿es esto lo que quieres? ¿Lo estoy haciendo bien?

—Sí —susurro, pasando mis palmas por sus poderosos brazos.

Cuando Rex sella su boca sobre la mía, hay una corriente subyacente de alivio, un abandono de las reservas. Como si ambos hubiéramos estado esperando desesperadamente este momento, lo cual es una locura ya que acabamos de conocernos, pero... Pero honestamente se siente como si hubiera estado esperando a este hombre toda mi vida.

Lo anhelo con cada célula de mi cuerpo.

El anhelo es una fuerza palpable que amenaza con consumirnos a ambos.

Mientras nuestras lenguas se enredan en un sensual toma y daca, las manos callosas de Rex recorren mi carne acalorada dejando piel de gallina a su paso. Por mis costados, a lo largo de mis muslos. Como un hombre que mapea cada centímetro de un territorio recién descubierto.

Cuando cubre mis pechos, amasando los montículos sensibles, jadeo en su boca.

Su vacilación ha desaparecido. Su toque es áspero pero ferviente.

—Mía —pronuncia su voz ronca.

Tal vez eso debería sacudir mis ideales feministas, pero en su lugar, llena un vacío dentro de mí que no sabía que estaba allí.

Rex muerde, lame y besa mi estómago tembloroso. Cuando llega a la cintura baja de mis pantalones de yoga, levanto mis caderas ansiosamente, ayudándole a quitarme la última prenda hasta que estoy completamente desnuda ante él.

En lugar de avanzar para tomarme, simplemente mira. Sus ojos recorren cada curva y valle, sin perderse nada. Un nuevo rubor calienta mis mejillas al estar tan completamente expuesta, pero la timidez se disuelve bajo el resplandor de hambre cruda en su mirada.

Bajo ese hambre arde algo más profundo: adoración, protección, rastros de incredulidad como si no pudiera comprender cómo tuvo tanta suerte.

Su expresión cruda y sin reservas, con tanto poder y emoción, me roba el aliento y hace que me piquen los ojos.

Cuando un dedo calloso traza mi cadera con ternura dolorosa, tiemblo.

¿Qué está pasando?

No se supone que sea así entre nosotros. Esto es un trabajo, un deber, un contrato.

No deberían haber sentimientos involucrados. Solo complicarán las cosas y harán que todo sea cien veces más difícil, pero ¿cómo puedo evitarlo?

Nunca me he sentido tan apreciada.

El tacto de Rex se desliza más abajo, acariciando mis rizos cuidadosamente recortados. Contengo la respiración, mi cuerpo vibrando de anticipación. Cuando inclina la cabeza y su lengua se desliza entre mis pliegues húmedos, me arqueo bruscamente sobre las pieles.

—¡Oh!

Jason nunca me practicó sexo oral, así que esto es una primera vez para mí.

Mi grito ahogado parece motivar a Rex. Desliza su lengua a lo largo de mi hendidura antes de rodear el palpitante capullo de mi clítoris con una presión enloquecedora. Me retuerzo debajo de él, persiguiendo la fricción que mi cuerpo anhela. Pero mantiene su ritmo lánguido, tomándose su tiempo, observando atentamente mi expresión como si estuviera aprendiendo lo que me hace suspirar y estremecerme.

Solo cuando estoy casi delirante, moviendo las caderas sin vergüenza contra su mano, Rex cede. Separa mis pliegues húmedos y hunde un largo dedo en mi entrada. Grito ante el exquisito estiramiento, aferrándome desesperadamente a sus hombros.

Rex mueve su dedo dentro y fuera, su lengua aún tocando mi hinchado clítoris en círculos apretados. Cuando añade un segundo

dedo, curvándolos para rozar ese punto mágico dentro de mí, el placer crece abruptamente.

—¡Rex! —exclamo su nombre como una bendición mientras mi clímax me inunda. Nadie ha tocado mi cuerpo con tanta habilidad.

Mientras vuelvo en mí, Rex me acaricia a través de los últimos espasmos ardientes, salpicando mi rostro humedecido por las lágrimas con tiernos besos.

Espera. ¿Humedecido por las lágrimas? ¿Estoy *llorando*?

Oh, Dios mío. Me limpio los ojos frenéticamente tratando de ocultar mi emoción.

Cuando se aparta para examinarme, no puedo descifrar su expresión conflictiva. Casi parece como si la lujuria y la contención estuvieran librando una batalla por el dominio. Con un siseo dolorido entre dientes apretados, Rex se aleja para sentarse al borde de nuestro nido de pieles.

Desconcertada, me apoyo sobre mis codos. Mis miembros saciados aún se sienten lánguidos y sueltos.

Un músculo en la mandíbula de Rex se contrae. Mantiene su mirada ardiente desviada como si mirar mi cuerpo desnudo fuera doloroso.

—¿Qué pasa? —jadeo.

Cuando me mira, su rostro está contorsionado de dolor. Limpia una lágrima con su pulgar y la agonía en sus ojos casi me destroza.

—Te he hecho daño.

Capítulo 9

Mari

—¡No! No. Las lágrimas no son de dolor. Son de... —Mi voz se apaga.

¿Cómo le digo que estoy abrumada de emoción, que estoy completamente enamorada de él? No puedo decirle eso. Ni siquiera tiene sentido para mí. ¿Cómo puedo haberme enamorado ya de este hombre que acabo de conocer? Es imposible, ¿verdad?

Bueno, Mari, tienes un historial de ser estúpida e ingenua.

Mientras lucho por encontrar una respuesta, él se aleja de mí, con los hombros encogidos.

Mi corazón se aprieta dolorosamente.

Me incorporo y lo rodeo con mis brazos por detrás, presionando mi mejilla entre sus omóplatos. La tensión vibra a través de su cuerpo enroscado, pero se relaja mínimamente ante mi tacto.

—No lo hiciste. Solo, confía en mí, Rex. Nunca me he sentido tan bien en mi vida. No me hiciste daño. En absoluto.

Depositando un beso en su hombro tenso, susurro:

—Y no hemos terminado.

Deslizo mis dedos por su estómago y sobre el bulto en su taparrabos. Él inhala bruscamente, cada músculo de su cuerpo poniéndose rígido.

Supongo que esa es la señal que estaba esperando porque, en un movimiento suave, Rex se gira y me atrae fuertemente contra su cuerpo. Nuestras bocas se encuentran en un beso ferviente. Puedo sentirlo rebosante de necesidad apenas contenida.

Mi cabeza da vueltas por la falta de aire, pero no puedo obligarme a romper el contacto. Ni siquiera para respirar.

Me empuja de vuelta sobre las pieles. Manteniendo mi mirada, se arranca el taparrabos exponiendo su enorme y rígido miembro.

Deseo tanto a este hombre. Quiero sentirlo dentro de mí.

No me hace esperar mucho antes de que la cabeza roma de su erección roce mi entrada y ambos temblemos. Los ojos de Rex brillan como lava ardiente, y su expresión, aunque ansiosa, es tentativa. —¿Estás segura? —gruñe.

Como respuesta, agarro sus caderas, lo atraigo hacia abajo y me arqueo para encontrarlo. Ambos gemimos cuando su dura longitud se desliza por mis pliegues húmedos. Apoyándose sobre mí, Rex roba otro beso sin aliento.

Luego, con una presión gradual y constante, entra en mí centímetro a glorioso centímetro. Estamos unidos, apenas capaces de respirar. Nada se ha sentido tan correcto y perfecto para mí como tenerlo enterrado profundamente dentro de mí, nuestros cuerpos conectados.

Una vez completamente envainado, Rex hace una pausa, sus músculos temblando de contención. Sus dedos trazan mi mejilla con reverencia como si no pudiera creer que soy real.

Cuando envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas, él capta la indirecta y comienza a moverse con embestidas largas y profundas que golpean justo el punto correcto dentro de mí. Me elevo para encontrar cada empuje, nuestros cuerpos sintonizados el uno con el otro.

—Más fuerte —le insto—. Te prometo que no me harás daño.

A medida que la intimidad da paso a la urgencia, el poderoso cuerpo de Rex embiste en mí incansablemente y con propósito. Su gruesa longitud se hunde en mi calor acogedor una y otra vez. Me aferro a sus hombros, segura de que me romperé en cualquier momento, pero Rex parece decidido a hacer que esto dure. Justo cuando me acerco al precipicio, ralentiza su ritmo y me aleja del borde con besos profundos.

Es realmente difícil creer que nunca haya hecho esto antes.

Nos movemos juntos lentamente, lánguidamente, con manos que vagan y acarician. Cada pico ardiente me deja temblando, lista y ansiosa por el siguiente hasta que me pierdo en todo lo que está más allá de esta cama de pieles. Más allá de Rex adorando mi cuerpo y ahuyentando todas mis preocupaciones y problemas pasados.

Cuando Rex finalmente deja de contenerse, sus caderas impulsoras me llevan más alto de lo que jamás he estado. Nuestros cuerpos trabajan ahora hacia un único propósito compartido: el éxtasis.

—Déjate ir —me insta Rex al oído—. Grita para mí otra vez.

Su voz ronca es mi perdición. Mi clímax se estrella sobre mí con la fuerza de una marea, ondulando a través de todo mi cuerpo. Las caderas de Rex se mueven erráticamente mientras encuentra su propia liberación atronadora.

Me aferro a él a través de nuestras réplicas compartidas, el único ancla en mi mar dichoso de sensaciones. Permanecemos unidos incluso cuando nuestros cuerpos gradualmente se aquietan, con los corazones latiendo al unísono.

No me suelta, ni siquiera cuando rueda hacia un lado. Simplemente me atrae cerca y me acurruca contra él. Nos deleitamos en el cálido resplandor posterior, intercambiando caricias perezosas.

Eventualmente, apoyo mi barbilla en su pecho para mirarlo. Sus hermosos rasgos están relajados, y sus ojos, aún brillantes, son tiernos mientras me contemplan.

De repente, tengo un poco de miedo. Sé para qué estoy aquí, pero este hombre está cambiando todo. Es como si me tocara en algún lugar profundo dentro de mí, pasando por alto todas mis defensas y pretensiones, y nos conectáramos a un nivel profundo del alma.

¿Y se supone que debo llevar a su hijo, dar a luz y luego irme?

¿Cómo diablos voy a lograr eso?

Capítulo 10

Rex

Los árboles se vuelven menos densos a medida que nos acercamos a las afueras de la aldea. Ya puedo oler el hedor de demasiados cuerpos amontonados. Mi nariz se arruga de disgusto. No tengo ningún deseo de mezclarme con los demás, de hacer charla trivial o participar en sus juergas.

Un bajo gruñido vibra en mi pecho. Mari me mira, arqueando una delicada ceja. Tira de mi brazo hasta que dejo de caminar para mirarla, luego inclina la cabeza estudiándome con una pequeña sonrisa de complicidad.

—Es la tercera vez que gruñes en la última media milla. ¿Qué te pasa por la cabeza, lobo gruñón?

Gruño. La irritación conmigo mismo me revuelve las entrañas. No me di cuenta de que mi desagrado era tan evidente.

Cuando permanezco en silencio, con la mandíbula apretada, ella dice:

—No tenemos que ir, ¿sabes? Podemos dar la vuelta ahora mismo.

Frunzo el ceño mirándola. No, no podemos dar la vuelta. Debemos asistir. Se lo prometí a Deke. Es lo que se espera. Pero aún más, sé que Mari disfrutará estando rodeada de otros. Mis propias preferencias no son importantes. Ignoraré mi incomodidad por su beneficio.

Su expresión se suaviza. Alza la mano para acariciar mi mandíbula con ternura. A pesar de mi tormento interior, me inclino

hacia su toque, saboreando su suave caricia. Nadie me ha tocado con tanta ternura en más tiempo del que puedo recordar.

—Rex, quiero que me prometas que intentarás disfrutar. Sé que prefieres tu soledad, pero por favor, solo inténtalo.

Asiento, tomando su delicada mano en la mía y llevándola a mis labios. La embriagadora dulzura de su piel hace que mi corazón se encoja.

—Disfrutaré —afirmo con firmeza—. Estoy feliz de ir. —La mentira se siente torpe en mi lengua.

Mari echa la cabeza hacia atrás y ríe, el sonido brillante y melodioso como el canto de los pájaros después de una tormenta.

—Oh, eso sí que ha sido convincente —se burla.

A pesar de mí mismo, me río. La naturaleza juguetona de Mari se siente como el sol cuando rompe entre las nubes. Entrelazo mis dedos con los suyos, rozando sus nudillos con un beso.

—Estoy feliz porque tú lo estás —corrijo con sinceridad. Mientras mi compañera esté contenta, nada más importa. Ni la multitud, ni la charla molesta. Solo mi Mari.

Su sonrisa de respuesta me calienta hasta el centro de mi ser.

Se pone de puntillas para rozar mis labios con un beso ligero como una pluma que me roba el aliento.

Cuando vuelve a bajar, con un tinte rosado en las mejillas, lucho contra un gemido. La deseo de nuevo. Ahora. Mi cuerpo cobra vida, endureciéndose de necesidad. La anhelo constantemente. El vínculo de apareamiento tira de mí, intenso y exigente.

Pero contengo el impulso. Habrá tiempo suficiente para eso más tarde. Por ahora, la levanto en mis brazos y continúo hacia la aldea.

Ella da un grito de sorpresa al ser levantada del suelo.

—¡Rex! No tienes que cargarme.

Simplemente gruño en respuesta, asegurándola más fuerte contra mi pecho, disfrutando de su calidez y cercanía. Su risa melodiosa me dice que realmente no le importa.

Continuamos en un silencio cómodo. Me encanta sostener a mi compañera protectoramente en mis brazos. Mía para proteger y consolar. Me pregunto si ella sabe que también me proporciona consuelo.

A medida que nos acercamos al borde de la aldea Timbercrest, a pesar de mi resolución, la tensión me invade. Demasiados olores, demasiados sonidos. Anhelo dar la vuelta y huir hacia el tranquilo refugio del bosque.

Solo cuando la aldea aparece a la vista a través de los árboles, la bajo a regañadientes. Deslizo mi mano en la suya, saboreando la presión de su suave palma contra la mía, áspera.

Avanzamos por la hilera de cabañas de troncos pulcramente agrupadas. Mientras nos acercamos a la estructura de troncos que tenemos delante —la taberna—, nos recibe el aroma de la cerveza y la comida cocinándose. Y cambiantes. Tantos olores mezclados. Me tenso, mi labio se curva reflexivamente.

Mari me da un apretón tranquilizador en la mano.

Cuadro los hombros y entro en la taberna detrás de ella. Inmediatamente, el ruidoso parloteo cesa. Todos los rostros giran hacia nosotros, las conversaciones se apagan. Su atención se siente como insectos corriendo sobre mi piel.

Un gruñido amenazante se forma en mi pecho, pero Mari permanece relajada a mi lado.

—¡Hola a todos! —exclama alegremente. Me maravillo de su aplomo y gracia mientras yo permanezco como una sombra ceñuda y enorme a su espalda.

Una mujer alta y pelirroja se separa de un grupo cercano y se acerca a Mari, tomando sus manos. Me sorprende cuando percibo que es una cambiante de lobo.

—Tú debes ser Mari. Estoy muy contenta de conocerte al fin. Soy Marla. —Sonríe a Mari y luego me mira por encima del hombro de ella—. Y tú eres Rex. Me alegro mucho de que te hayas unido a nosotros esta noche.

Le ofrezco a Marla un seco asentimiento. Su aceptación ayuda a calmar un poco a mi lobo. Ella no representa ninguna amenaza.

—Estamos celebrando el apareamiento de Genie y Zeb —continúa Marla—. Este es mi compañero Asa. —Un gran cambiante de lobo se une a nosotros y mis pelos se erizan. No estoy seguro de si debo confiar en él. Pero él asiente hacia mí y sonríe. Parece amistoso, pero no lo sé.

—Vamos —le dice Marla a mi compañera—. Te presentaré a Genie. Te encantará.

El parloteo se reanuda gradualmente en la taberna, pero experimento un rápido toque de pánico cuando Marla se lleva a Mari.

Mi lobo interior camina de un lado a otro y resopla justo debajo de mi piel, inquieto rodeado de amenazas percibidas. Él no entiende las reglas de las cortesías sociales. Solo reconoce lo que es suyo para proteger y proveer.

Reconozco vagamente rostros, rostros que no he visto en años. Pero no me vienen nombres a la mente. He permanecido aislado de la manada durante tanto tiempo que estos lobos son extraños para mí.

Asa claramente siente mi incomodidad porque se inclina y habla lo suficientemente bajo como para que solo yo pueda oírlo.

—No dejes que nadie te provoque esta noche. Aquí no hay enemigos, solo amigos.

Solo amigos. Cruzo los brazos sobre el pecho e intento proyectar un aire de calma a pesar de mi aversión por las multitudes.

Deke aparece de repente, golpeando mi hombro.

—¡Rex, lo has conseguido!

Le ofrezco un rígido asentimiento y reprimo un gemido.

Allá vamos. Socialización.

Por la felicidad de mi compañera, me recuerdo a mí mismo.

Capítulo 11

Mari

Marla enlaza su brazo con el mío.

—Genie es humana como tú.

—Oh. —Ohhh. Supongo que eso significa que Marla no lo es. ¿Será ella también una cambiaformas?

Mientras nos abrimos paso entre la multitud, noto una enorme cicatriz en el cuello de Marla. Me pregunto qué habrá pasado para causar eso.

Cuando llegamos junto a una mujer de mi edad que está mordisqueando un enorme trozo de pastel de chocolate, Marla anuncia:

—Genie, esta es Mari. La nueva residente humana.

Genie me examina con entusiasmo de arriba abajo.

—Así que tú eres la nueva Nena. Encantada de conocerte. Soy Genie.

—¿Nena? —pregunto, confundida.

—Oh, es como llamo a las participantes de Novias para Bestias: Nenas para Reproducción —dice Genie poniendo los ojos en blanco —. Yo fui la Nena del mes pasado.

—Supongo que es bastante acertado —digo con una risa—. Entonces, ¿tú también formaste parte del programa?

La cárcel me enseñó a tener un sexto sentido para las personas, y Genie me cae bien al instante. Parece tener los pies en la tierra y no ser nada pretenciosa, pero mis ojos se ven atraídos por la cicatriz

en su cuello, en el mismo lugar que la de Marla, solo que, a diferencia de la de Marla, la de Genie todavía está rosada y fresca.

Genie asiente.

—Sí. Me asignaron a Zeb, pero realmente congeniamos. Ahora, bueno, esta es nuestra fiesta de apareamiento.

—¿Apareamiento? —pregunto. La forma en que lo dice implica algo más que solo un encuentro casual.

—Es el equivalente de una boda en Las Vegas para los cambiaformas lobo —explica Marla—. Solo que sin imitador de Elvis y el apareamiento es de por vida. No existe el divorcio en la Tierra de los Cambiaformas.

Oh, interesante.

Miro alrededor buscando a Rex, y cuando lo veo, una calidez se extiende por mi cuerpo. Siento un aleteo detrás de mi esternón. Está con un grupo de chicos que están enfrascados en una conversación ¡y está sonriendo! Rex realmente está sonriendo. Ahora se ve tan relajado, como si encajara, aunque sea el único que lleva un taparrabos.

Verlo integrarse de nuevo en la manada me llena el corazón. Este es el lugar al que pertenece.

—Entonces, ¿cómo van las cosas entre tú y Rex? —Marla vuelve a captar mi atención, moviendo las cejas de manera sugestiva.

No puedo contener una sonrisa. Solo la mención de su nombre envía una emoción por mis venas.

—Realmente bien. —Suspiro como en un sueño. Demasiado bien. Tan bien que me asusta un poco.

Marla aprieta los labios, pensándolo.

—Bueno, no me gusta chismorrear...

Genie suelta una carcajada.

—¡Eres la más chismosa de la aldea, Marla!

—¡Está bien, de acuerdo! —Marla se ríe—. Tal vez sí me permito soltar algunos chismes de vez en cuando. Pero viene de un lugar de amor. —Me da una palmadita afectuosa en la mano—. ¿Rex alguna vez te contó qué pasó para que rechazara a la manada y viviera como un ermitaño en la naturaleza?

—No. —Se me aprieta la garganta—. ¿Qué pasó?

Marla nos hace un gesto a ambas para que nos acerquemos y baja la voz hasta casi un susurro.

—Rex perdió a toda su familia cuando era solo un niño. —Cuando inhalo bruscamente, ella asiente—. Hubo un horrible deslizamiento de tierra y varios miembros de la manada perdieron a sus seres queridos. Mi pareja, Asa, perdió a sus dos padres y yo perdí a un padre que nunca conocí. Por lo que he oído, devastó a la manada. —Marla hace una pausa por un momento para darle al tema el respeto que merece—. Rex era solo un cachorro y perdió a toda su familia: ambos padres y sus tres hermanos mayores.

Jadeo y parpadeo para contener las lágrimas, imaginando a un joven Rex afligido llorando a sus seres queridos. Mi corazón se estruja.

—Lo tomó muy mal —continúa Marla—. No salía de su forma de lobo durante años. También se mantenía alejado de la manada. Se iba alejando cada vez más de la aldea. Simplemente corría salvaje por las montañas.

—Hasta que te encontró a ti —añade Genie con una sonrisa alentadora.

Fuerzo una sonrisa tensa, perdida en mis pensamientos mientras asimilo esta nueva perspectiva sobre Rex y contemplo la profundidad de su dolor después de soportar tal tragedia.

Observo a Rex echar la cabeza hacia atrás y reír. Esto explica su tensión cuando viajábamos hacia aquí esta noche. Me encanta que se vea tan despreocupado ahora. Me encanta cómo se le iluminan los ojos mientras escucha a uno de los chicos.

Lo *amo*.

Dios mío, lo *amo*.

Se me corta la respiración cuando la verdad me golpea por completo, casi quitándome el aliento.

Amo a Rex.

Debo haberme distraído por un minuto, porque cuando vuelvo a concentrarme, Genie se está abanicando.

—Después del apareamiento, el sexo es algo feroz. El celo de apareamiento es intenso. Lo hacemos como conejos.

Mis mejillas se ponen rojas como un tomate ante su franqueza, pero tengo que admitir que la idea me produce un pequeño escalofrío. Con la química increíble entre Rex y yo, me pregunto cómo se sentiría ser la esposa de Rex, o pareja, o como sea que lo llamen.

No odio la idea. Tal vez la próxima fiesta de apareamiento sea la nuestra.

—¿Entonces ahora son como, oficiales? —pregunto.

Genie asiente, radiante. Inclina la cabeza, mostrando con orgullo la desagradable cicatriz en su cuello.

Estoy un poco impactada.

—Um, parece doloroso. ¿Qué pasó? —pregunto, y Marla y Genie intercambian miradas.

—¿No sabes sobre las marcas de reclamación? —Parece sorprendida—. Cuando un cambiaformas reclama a su pareja, la marca así, con una mordida.

Marla interviene señalando su propia cicatriz:

—Significa que estamos apareados. Es el equivalente cambiaformas de un anillo de bodas. Pero esto es permanente.

—No existe el divorcio entre cambiaformas —se ríe Genie, poniendo los ojos en blanco—. Cualquiera con una de estas está casado con un cambiaformas. Encadenado de por vida. No es que me esté quejando.

—Oh, vaya. —Respondo—. ¿Y solo has estado aquí un mes? Eso es rápido.

—No. No para los cambiaformas —dice Marla y Genie asiente.

—Los cambiaformas lo saben al instante. No necesitan salir en citas y probar la compatibilidad. Simplemente lo saben. —Genie está sonriendo como el gato de Cheshire.

Mi mano va hacia mi propio cuello sin marcar. Por un momento, me pregunto cómo sería tener la mordida de reclamo de Rex. Mi corazón se agita ante la idea.

Mientras reflexiono sobre eso, mi mirada se posa nuevamente en las marcas cicatrizadas.

Marla y Genie están sonriendo y riendo.

—Por eso usan el término pareja destinada —dice Genie—. Las parejas son de alguna manera ordenadas por la propia diosa de la luna, o algo así. No sé mucho sobre todo eso, pero sí sé que cuando un cambiaformas encuentra a su pareja, es como ser alcanzado por un rayo. No se puede negar.

—Es cierto —interviene Marla—. Solo hay una persona en el mundo para cada cambiaformas. Algunos nunca encuentran a su pareja destinada, pero aquellos de nosotros que lo hacemos, somos verdaderamente bendecidos por la diosa de la luna.

La implicación me golpea como un mazazo. Rex podría tener una pareja verdadera por ahí. Una pareja destinada. Y yo soy solo la mujer que mantiene su cama caliente y da a luz a sus cachorros hasta que ella aparezca. El pensamiento hace que mi estómago se retuerza dolorosamente.

Percibiendo mi cambio de humor, Marla toca mi brazo.

—¿Qué pasa, cariño?

Abro la boca, pero las emociones obstruyen mi garganta. Trago con dificultad.

—Es solo que... —Fuerzo una risa quebradiza y pongo una excusa para escabullirme—. Necesito ir al baño.

Lo que realmente necesito es algo de espacio. Algo de aire. Algo de distancia.

Reprimo el nudo de emoción que se hincha en mi garganta y prácticamente corro hacia el baño de mujeres cerca de la parte trasera.

Pero cuando llego allí, veo una puerta de salida y me dirijo hacia ella en su lugar.

Capítulo 12

Mari

Se suponía que esto iba a ser simple. Un arreglo que nos beneficiaba a ambos. Rex necesitaba una procreadora. Yo necesitaba un nuevo comienzo. Pero ahora...

Ahora he ido y hecho la cosa más estúpida imaginable: me he enamorado de él.

Lo que significa que necesito proteger mi corazón. Si no soy la pareja destinada de Rex, eso me convierte en algo temporal. Un medio para un fin.

No volveré a destrozarme cuando me deseche. Cuando encuentre a su verdadera pareja y me quede de nuevo en el frío.

Los recuerdos que he intentado enterrar con tanto esfuerzo inundan mi mente. Mis padres dándome la espalda. Amigos rechazándome. Cada persona que alguna vez me importó sacándome de sus vidas en un golpe devastador.

El dolor del abandono total casi me destruyó una vez. No puedo pasar por eso otra vez. No sobreviviré una segunda vez.

Mientras salgo al fresco aire nocturno, me froto los ojos húmedos con la mano.

¡Contrólate, Mari!

Solo necesito un minuto para contener mis emociones. Me pondré una sonrisa y volveré a la fiesta mientras pienso en mi estrategia de salida.

Antes de que pueda recomponerme, la puerta de la taberna se abre de golpe. Rex sale precipitadamente, con el ceño fruncido.

Inhala profundamente, sin duda oliendo la ansiedad y la tristeza que emanan de mí. Rex cruza la distancia entre nosotros en tres largas zancadas.

—¿Qué pasa, mi Mari?

Ante su tierna preocupación, mi tenue compostura se desmorona por completo. Presiono mi rostro contra su sólido pecho mientras se me escapa un sollozo.

Rex me abraza fuertemente, con una mano acunando la parte posterior de mi cabeza.

—Dime —me insta—. ¿Quién te ha hecho daño? Te prometo que lo mataré.

Me aferro con más fuerza, respirando su aroma boscoso. Su sólida fortaleza me rodea, manteniéndome anclada durante la tormenta emocional que se arremolina dentro de mí.

Finalmente, encuentro mi voz.

—Es una tontería —fuerzo una risa inestable—. Ignórame. Cambios de humor o algo así.

Rex se aparta, manteniéndome enjaulada en sus fuertes brazos. Sus ojos brillantes me ven directamente. Directamente hasta el corazón de mis dudas y miedos.

—No es una tontería —gruñe. Con un nudillo bajo mi barbilla, Rex levanta mi rostro, mirando profundamente en mis ojos—. Dime la verdad.

Su tranquila intensidad hace que más lágrimas se derramen. Las aparto con frustración.

—Yo solo... —Mi voz se entrecorta. Lo intento de nuevo—. Marla y Genie me contaron sobre... —Exhalo un suspiro frustrado—. Sobre los cambiaformas que tienen parejas destinadas.

Nuevas lágrimas cortan mis palabras. La expresión de Rex se suaviza. Limpia la humedad de mis mejillas con una ternura desgarradora.

—Sí —dice simplemente.

Asiento, sorbiendo.

—También mencionó las marcas de reclamo de pareja y de repente me di cuenta —Levanto mis ojos hacia los suyos—. ¿Y si te

estoy impidiendo encontrar a tu verdadera pareja? ¡Tu pareja destinada podría estar ahí fuera esperándote!

Rex se queda quieto. Por un momento, solo escudriña mi rostro con los ojos ligeramente abiertos.

Luego me aprieta fuertemente contra su pecho una vez más y baja la cabeza hasta que sus labios rozan el borde de mi oreja.

—No me estás impidiendo encontrar a mi pareja destinada. Tú *eres* mi pareja destinada. Mi Marigold. Mi única y verdadera —Rex se aparta, con los ojos ardiendo de convicción—. Lo supe en el momento en que te olí. Nada se ha sentido más correcto y verdadero que tú en mis brazos.

—Pero... —Me humedezco los labios con incertidumbre—. Nunca me marcaste.

Rex hace una mueca.

—Esperaba probarme primero. Demostrar que soy digno de ti.

—¿Digno? —Suelto una risa incrédula—. Rex, eres todo lo que podría soñar.

Acuno su mandíbula, la ternura hinchándose en mi pecho hasta que apenas puedo contenerla.

—Soy yo quien no es digna de ti —susurro.

Rex emite un sonido áspero en su garganta. En el siguiente instante, su boca reclama la mía en un beso abrasador que convierte mis rodillas en gelatina. Me aferro a sus hombros solo para mantenerme en pie.

Me hace retroceder hasta que mi espalda toca la pared exterior de la taberna. Rex me inmoviliza allí con su corpulento cuerpo, aún devorando mis labios como si no pudiera saciarse. Como si quisiera consumirme.

La excitación tensa mi núcleo. Balanceo mis caderas contra su musculoso muslo, para obtener algo de fricción. Rex gime en mi boca. La dura cresta de su erección presiona insistentemente contra mi cadera.

Estoy perdida, ahogándome en este hombre. En la pasión que arde intensamente entre nosotros. Nada importa más allá de tenerlo y ser completamente suya.

Rex arranca sus labios de los míos. Ambos jadeamos entrecortadamente. Manteniendo mi mirada fija en la suya, desliza una mano hacia abajo para agarrar firmemente mi cadera.

—Mía —gruñe.

Se me escapa un gemido.

—Sí. Tuya.

Con un gruñido bajo, Rex sella su boca abierta sobre el punto tierno donde mi cuello se une con mi hombro. Raspa sus dientes sobre la piel sensible. Posicionándose.

Y luego se aparta.

Mi corazón se hunde.

—¿No quieres? —pregunto, destrozada—. ¿No quieres hacerme tuya?

—Sí quiero, Mari. Más que nada. Pero no así. Quiero que sea especial para ti. Con flores. Deke dijo que a las hembras humanas les gustan las flores.

Una pequeña risita brota de mi pecho.

—Nos gustan.

Quiere que sea especial para mí. No sabe que cada momento que paso con él es especial para mí.

Acaricio la pulsera en mi muñeca, su regalo para mí. He tenido la oportunidad de examinarla más detenidamente y es exquisita, hecha de cristales, piedras decorativas y cuentas de hueso. Las cuentas están meticulosamente talladas con diseños intrincados: espirales, ondas y lunas crecientes. Quien hizo esto claramente puso mucho esfuerzo en ello. Realmente es una obra de arte de un artesano experto.

—¿Tú... no la hiciste tú, verdad?

—No —Niega con la cabeza—. Mi padre era el artesano. Él la hizo. Para mi madre.

—¿Tu... madre?

Asiente.

—Ella la usaba todos los días.

Dios mío. Todo este tiempo he estado usando algo que su padre hizo a mano para su madre.

—¿Es una reliquia? ¿Como una reliquia familiar? —pregunto, conmocionada—. ¡¿Y me la diste a mí?! —*¿En qué demonios estaba pensando?*

—Te la di porque Deke dijo que a las mujeres humanas les gustan los regalos. Y esta es la segunda cosa más valiosa del mundo para mí.

—¿Segunda? —La honesta confesión me arranca una risa—. ¿Cuál es la primera?

—Tú, mi Mari. Tú eres la cosa más valiosa del mundo para mí.

Capítulo 13

Rex

Estoy casi vibrando de emoción nerviosa mientras guío a Mari de vuelta a nuestra guarida, con mis manos cubriéndole los ojos.

Sus amigas, Marla y Genie, la visitaron antes y pasaron toda la tarde chapoteando en el manantial de agua dulce.

—No espíes —le recuerdo, manteniendo mi voz baja y juguetona. Ella se ríe, claramente intrigada por la sorpresa que le tengo preparada.

Cuando llegamos a la entrada de la cueva, la coloco justo afuera de la entrada.

—Bien, ahora puedes abrir los ojos.

Bajo mis manos y la boca de Mari se abre, con los ojos muy abiertos. Hice todo lo posible para transformar nuestra humilde morada en algo especial, algo digno de ella. Las flores silvestres rebosan de jarrones, cuencos, cestas y recipientes por todas partes, perfumando el espacio con su dulce fragancia.

Cerca de la pared del fondo, ahora hay una cama grande completa con estructura, colchón, almohadas y colchas.

También logré conseguir una mesa pequeña con dos sillas, e incluso un sofá mullido. Un hogar de piedra adecuado con una rejilla de acero inoxidable ahora reemplaza el montón anterior de cenizas y hollín.

Pero la joya de la corona es el inodoro de compostaje discretamente ubicado a lo largo de la pared trasera detrás de una mampara.

Mari gira en un círculo lento, asimilándolo todo. Sus ojos brillan cuando se encuentran con los míos de nuevo.

—Rex, es hermoso. ¡No puedo creer que hayas hecho todo esto!

Me encojo de hombros, luchando contra una sonrisa orgullosa.

—Tuve ayuda. Asa, Deke, Tavion, Zeb... todos colaboraron recolectando suministros de la aldea. Pero quería que nuestra guarida se sintiera como un hogar. Un hogar digno de ti, mi compañera.

Mari se lanza a mis brazos. La atrapo fácilmente, levantándola del suelo mientras sus labios encuentran los míos en un beso apasionado.

—Es perfecto —murmura contra mi boca—. Tú eres perfecto.

Mi corazón se hincha al escuchar esas palabras pasar por sus dulces labios. La llevo a la cama cubierta de colchas y esparcida con pétalos de flores, y la acuesto suavemente, nuestras bocas aún unidas con hambre. Nos besamos hasta que ambos jadeamos, con los corazones acelerados.

Cuando me retiro lo suficiente para encontrarme con su mirada, una oleada de nervios me invade. Practiqué esto en mi cabeza, pero quiero que sea perfecto.

Tomo su delicada mano en la mía.

—Mari, mi compañera, ¿me harías el honor de aceptar mi marca de reclamo? —Contengo la respiración, esperando su respuesta. Este momento lo significa todo para mí.

Su sonrisa de respuesta deslumbra más brillante que el sol del mediodía.

—¡Sí! Por supuesto que sí.

Un grito de pura alegría sale de mi garganta. Incapaz de resistir más, capturo sus labios una vez más. Mis manos recorren su cuerpo con audacia, con adoración, avivando el fuego entre nosotros. Quiero que ella arda, anhelando mi reclamo tanto como yo anhelo reclamarla.

Cuando Mari se arquea contra mí, meciendo sus caderas para encontrarse con las mías, sé que está lista. En momentos, nuestra ropa yace esparcida por el suelo.

Beso, lamo y succiono un camino por su suave cuerpo. Su piel es como pétalos de rosa bajo mis labios. Dedico atención a sus pesados senos hasta que sus pezones se endurecen. Mari suspira mi nombre, agarrando mis cabellos con sus manos para mantenerme cerca. El estímulo aviva mi deseo.

Beso más abajo, sobre la suave curva de su estómago, antes de acomodarme entre sus sedosos muslos. Mi lengua se sumerge entre sus pliegues húmedos, saboreando su esencia. Sus gritos de respuesta son la música más dulce. Mi miembro es granito, palpitando impacientemente. Pero aún no. Quiero que mi Mari esté completamente desesperada por mí primero.

Solo cuando mi compañera está temblando y suplicando sin aliento por más, cedo. Beso de vuelta su cuerpo hasta que estamos cara a cara una vez más.

—Por favor, Rex —jadea, sus pupilas dilatadas de lujuria.

Fijando mi mirada en la suya, alineo mi miembro en su entrada húmeda. Ambos gemimos mientras empujo hacia adelante, envainándome en su dulce sexo. Nada se ha sentido tan correcto como unirme a mi compañera de esta manera.

Mientras me muevo dentro de ella, vierto toda mi adoración en cada embestida profunda. Sus uñas arañan mi espalda, instándome a seguir, más fuerte, más rápido, hasta que ambos corremos hacia la cima.

Aparto su cabello a un lado, exponiendo la tierna unión de su cuello y hombro. Sosteniendo su mirada, dejo que mis caninos se alarguen. Luego ataco, perforando su delicada piel.

Mari grita, clavando sus uñas en mis hombros. Vagamente saboreo el sabor metálico de su sangre en mi lengua mientras mi miembro pulsa y erupciona dentro de ella.

Mientras bajamos de las vertiginosas alturas del placer, lamo atentamente sobre la marca hasta que se cierra. Al retirarme, observo la vista de mi reclamo. Mari es mía ahora y para siempre. Una satisfacción primitiva surge ardiente por mis venas.

—Te amo, mi compañera —digo con voz ronca, la emoción apretando mi voz.

Mari responde con una sonrisa satisfecha. Atrae mi cabeza para un beso largo y lento.

—Yo también te amo, Rex. Con todo mi ser.

Nos besamos lánguidamente mientras nuestros pulsos gradualmente vuelven a la normalidad. Ruedo hacia mi lado, atrayéndola a mis brazos. Mari suspira contenta, acurrucándose contra mi pecho. Su cálido cuerpo confiadamente acurrucado junto al mío.

Mis ojos vagan una vez más por nuestra acogedora guarida, con gratitud en cada poro de mi ser. Esta maravillosa mujer a mi lado me ha dado tanto: un hogar, una familia, un futuro lleno de esperanza. Gracias a ella, por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy verdaderamente vivo.

Epílogo

Siete meses después

Camino por la aldea de la mano de Rex, sonriendo y saludando a todos los que nos cruzamos. Todavía me parece irreal que este lugar sea ahora mi hogar y que estas personas sean mi familia.

Después de que Rex me marcara, convirtiéndome en su compañera de por vida, la noticia se extendió rápidamente. Cuando venimos al pueblo, lo que hacemos una vez por semana más o menos, los miembros de la manada se esfuerzan por acercarse a nosotros y saludarnos. A ambos nos reciben con sonrisas, abrazos y felicitaciones. Han acogido plenamente no solo a Rex sino también a mí en su unida comunidad.

Mi nueva "familia" es mucho más amable, acogedora y mucho más solidaria de lo que jamás fueron el Rebaño de Jehová y Prudence y Gerald Baker. Y con Marla y Genie a mi lado, ofreciéndome amistad y humor, me encanta formar parte de la manada.

Rex aprieta mi mano, devolviendo mi atención hacia él. Sus ojos ámbar brillan con calidez.

—¿En qué piensas, mi Mari?

—Solo en lo afortunada que soy —le digo honestamente. Rex deja de caminar y me atrae hacia sus brazos. Me derrito contra su pecho musculoso mientras sus labios capturan los míos en un beso embriagador.

Cuando finalmente salimos a tomar aire, Rex apoya su frente contra la mía. Su gran mano se desliza para acariciar mi vientre hinchado. Estoy de seis meses ahora y nuestro pequeño es fuerte y saludable según Constance, la partera de la manada.

Rex se arrodilla, levantando mi camisa para depositar un tierno beso en mi piel desnuda.

—Hola, cachorro —murmura—. Tu papá no puede esperar para conocerte.

Mi corazón se estremece de alegría. Quién hubiera imaginado que al inscribirme en el programa de Novias para Bestias ganaría tanto: un hogar, una nueva familia, el amor de mi vida y ahora el inminente nacimiento de mi primer hijo.

La mirada radiante de Rex está llena de adoración.

—Vamos, mi compañera. Volvamos a casa.

Hogar. Nuestra acogedora guarida en el bosque se ha convertido verdaderamente en un santuario para ambos. Mientras Rex y yo caminamos de la mano de vuelta a nuestro pequeño pedazo de paraíso, elevo una oración de gratitud a la diosa de la luna.

* * *

Siguiente libro: **La Destinada del Lobo**